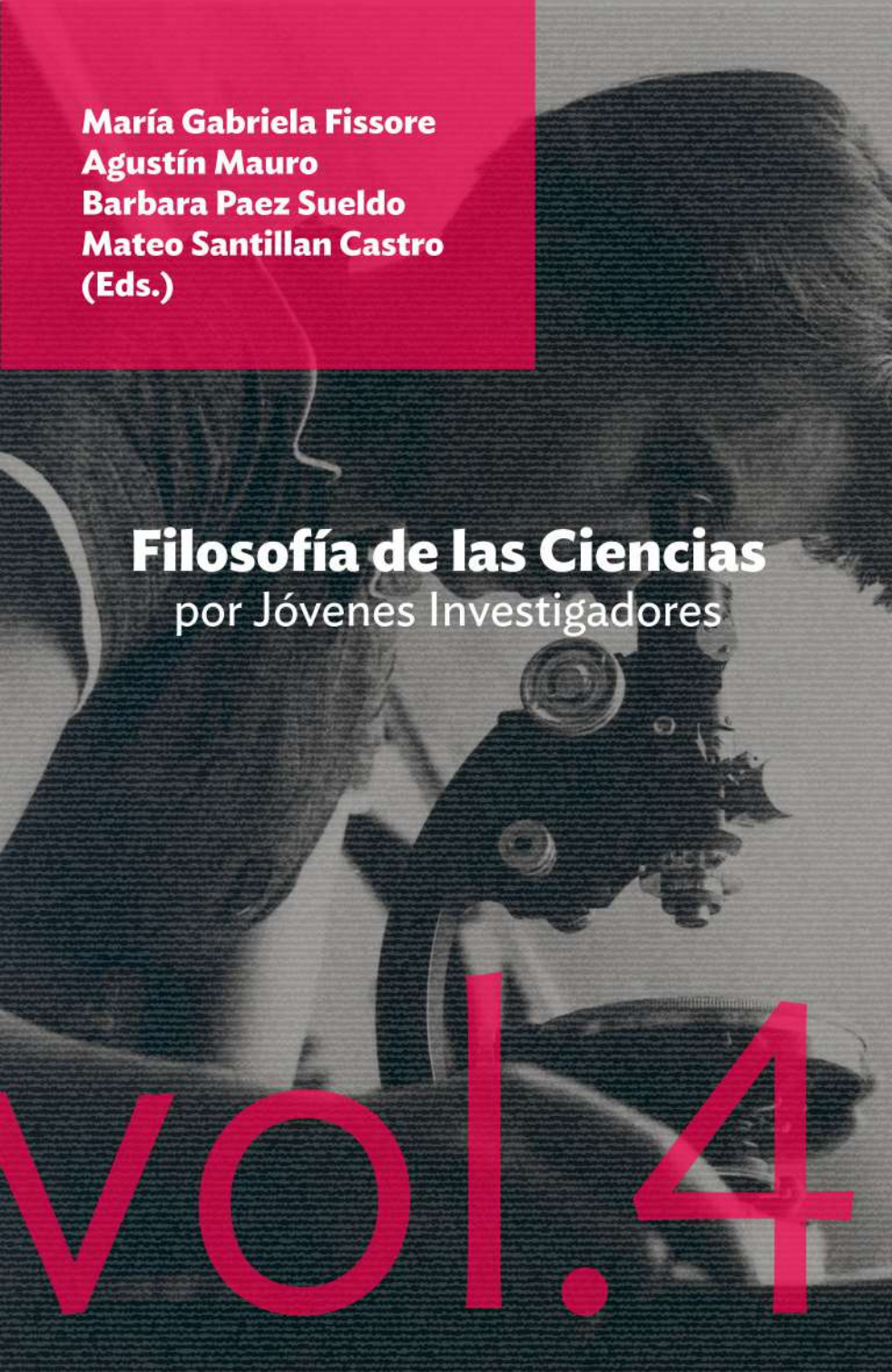




**María Gabriela Fissore
Agustín Mauro
Barbara Paez Sueldo
Mateo Santillan Castro
(Eds.)**

Filosofía de las Ciencias por Jóvenes Investigadores

vol. 4

Filosofía de la Ciencia por Jóvenes Investigadores

vol. 4

María Gabriela Fissore
Agustín Mauro
Barbara Paez Sueldo
Mateo Santillan Castro
(Eds.)

Colecciones
del CIFYH



Filosofía de la Ciencia por jóvenes investigadores vol. 4 / Matías Giri... [et al.]; editado por María Gabriela Fissore ... [et al.]. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1766-2

1. Filosofía de la Ciencia. I. Giri, Matías. II. Fissore, María Gabriela, ed.

CDD 121

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición

● ●
Área de
Publicaciones

Lxs editorxs de este volumen agradecen a los miembros de la Carrera de Personal de Apoyo del IDH-CONICET –Federico Mina, Cecilia Martínez y Julián Reynoso– por la colaboración recibida.

Correctores técnicos: Ignacio Heredia y Tomás Siac

Diagramación y diseño de portadas: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



El androcentrismo presente en el lenguaje científico

Tamara Nizetich*

Introducción

En el siglo XVI, la teoría heliocéntrica de Copérnico desplazó la creencia de que el ser humano es el centro del universo, sustentada por la teoría geocéntrica de Ptolomeo durante muchos siglos. En los tiempos que corren, necesitamos una revolución ideológica de la misma índole, que derrumbe la percepción de que el varón es el centro de un universo construido por y para él, en torno al cual las mujeres orbitamos, observando desde afuera. En efecto, el androcentrismo coloniza desde hace demasiados siglos nuestras sociedades patriarcales y nuestras visiones del mundo, y, en gran parte de los ámbitos sociales (si no todos), los varones ocupan las posiciones de poder. La ciencia no es la excepción. Basta echar una mirada a la historia de nuestra ciencia para ver que está poblada por varones. No porque no hubiera mujeres científicas, sino porque pocas pasaron a la memoria histórica de las sociedades.

Esta opresión histórica hacia las mujeres en la ciencia se expresa, entre otras actitudes, creencias y valores, en el lenguaje científico. En efecto, junto con la pretensión de que el lenguaje científico es “universal” y “neutro”, se erige un sujeto cognoscente que pretende ser todos los sujetos y ninguno al mismo tiempo. Sin embargo, bajo esta supuesta imparcialidad, del conocimiento y de los sujetos que conocen, lo que sucede de hecho es que los sujetos privilegiados aplastan y colonizan a otros sujetos marginalizados e históricamente oprimidos.

En este trabajo me propongo responder a la siguiente pregunta: ¿de qué modos el lenguaje científico contribuye a reforzar la invisibilización y estigmatización de la mujer? Considero que la invisibilización se realiza construyendo un lenguaje científico con una perspectiva androcéntrica y la estigmatización se lleva a cabo reforzando ciertos idearios construidos en torno a las diferencias sexo-genéricas.

* FFyH, UNC.

Mail de contacto: tamaranizetich@mi.unc.edu.ar

En este sentido, este trabajo se configura en torno a cuatro secciones. En la primera, presento la hipótesis del relativismo lingüístico, según la cual, la lengua no sólo afecta al pensamiento, sino que incluso moldea el pensamiento. En la segunda, sostengo que la lengua tiene una perspectiva androcéntrica (Facio y Fries, 2005; García Meseguer, 1988). Lo cual, siguiendo la hipótesis relativista, cristaliza concepciones androcéntricas en el pensamiento de los hablantes. En la tercera, a partir de algunos ejemplos (Pérez Sedeño, 2011a), explico los motivos por los cuales el androcentrismo está presente en el lenguaje científico, reforzando la estigmatización e invisibilización de la mujer en el lenguaje y, consecuentemente –siguiendo al relativismo lingüístico–, en el pensamiento. Por último, propongo que comencemos nuestra revolución copernicana: desplazando el conocimiento “universal” de sujetos cognoscentes “neutrales” por conocimientos situados (Haraway, 1995) de sujetos cognoscentes parciales y situados (Pérez Sedeño, 2011b).

Es necesario aclarar que no estoy atribuyendo una posición relativista a Haraway y Pérez Sedeño. De hecho, Haraway está explícitamente en contra de la totalización y del relativismo. Simplemente me apoyo en la tesis del relativismo lingüístico para sostener que, en tanto la lengua de los hablantes moldea su pensamiento, es importante que el lenguaje científico no incluya prejuicios machistas, porque esto contribuye a cristalizar y perpetuar los estereotipos sexistas en el pensamiento de los científicos y, también, de toda una sociedad que cree en su autoridad.

1

Un problema que genera debate entre los filósofos es el de la relación lenguaje-pensamiento, particularmente si el primero influye sobre el segundo. Las posiciones son diversas: los comunicativistas sostienen que el lenguaje es solamente un código mediante el cual se hacen públicos los pensamientos (que son independientes de aquél); en el otro extremo, los cognitivistas defienden la incidencia del lenguaje sobre la cognición (y viceversa), en distintos grados.

Dentro del cognitivism, podría encuadrarse la hipótesis de la relatividad lingüística (también denominada “la hipótesis Sapir-Whorf”), que sostiene que las lenguas, con sus respectivas sintaxis y semántica, influyen sobre los procesos cognitivos de sus hablantes, de modo que “lo que

uno puede pensar está limitado o moldeado por la lengua que uno habla” (Gomila, 2012, p. 20). Cuando aprendemos una lengua, adquirimos un sistema categórico que nos permite darle sentido a nuestra experiencia, no simplemente etiquetándola, sino organizándola. Según Whorf (1978): “la lengua es (...) una clasificación (...) de la corriente de experiencia sensorial, que da como resultado un cierto orden del mundo” (p. 55).

En este sentido, “las diferencias radicales en la estructura lingüística conducen a diferencias radicales en el pensamiento” (Lakoff, 1987, p. 329). Esto es, diferentes lenguas originan diferentes formas de estructurar el pensamiento y de concebir el mundo. Por lo tanto, “si las diferentes lenguas ‘tallan la naturaleza en distintas articulaciones’, los hablantes de distintos idiomas van a experimentar el mundo de manera diferente” (Gomila, 2012, p. 20); en definitiva, experimentarán diferentes mundos.

En síntesis, el argumento del relativismo lingüístico puede resumirse del siguiente modo (Gomila, 2012, p. 21):

(A) Las lenguas tienen distintas categorías y reglas léxicas y morfosintácticas.

(B) Las formas en que las lenguas categorizan la experiencia influyen en las formas de categorizarla en la conceptualización y en otros procesos cognitivos (asociación, memoria, atención, etc.).¹

(C) Por lo tanto, la conceptualización y otros procesos cognitivos (asociación, memoria, atención, etc.), así como la estructura categórica del pensamiento en general, dependen (y varían según) la lengua de le pensadore.

2

Según Facio y Fries (2005), el patriarcado se crea y recrea a sí mismo mediante diversas instituciones, que reproducen los mecanismos de dominación masculina, favoreciendo la desigualdad sexo-genérica. Una de estas instituciones es el “lenguaje ginope”.

1 Así, “la semántica de una lengua puede afectar la manera en que sus hablantes perciben y conceptualizan el mundo” (Wolff y Holmes, 2011, p. 253).

Las autoras sostienen que el lenguaje da cuenta de la realidad que vivimos, ya que cada sociedad existe a través de su lenguaje. Además, en tanto el poder de nombrar decide qué existe y qué no, el lenguaje genera realidad. En nuestras sociedades patriarcales, “como los hombres/varones han tenido el poder de definir las cosas, casi todo lo que está definido lo está desde su perspectiva” (Facio y Fries, 2005, p. 284). Por lo tanto, el lenguaje posee una perspectiva androcéntrica: los hombres, con su poder de nombrar, construyeron un lenguaje a su imagen y semejanza. Sin embargo, la perspectiva masculina “no es asumida en su parcialidad, sino como una no perspectiva, como un hecho totalmente objetivo, universal e imparcial” (Facio y Fries, 2005, p. 274).

Según García Meseguer, esta óptica de varón tiene dos consecuencias: la invisibilización y el menosprecio de la mujer en la lengua.

En primer lugar, el género gramatical masculino tiene “un doble carácter, específico (propio de varones) y genérico (propio de personas cuyo sexo se desconoce)” (García Meseguer, 1988, p. 139). Esta ambigüedad semántica es peligrosa ya que el masculino en sentido genérico conduce a la invisibilización de la mujer. En efecto, lo masculino, considerado neutro y universal, sirve para denominar al varón e incluir a todo el género humano, aunque lo único que logra esta “inclusión” es ocultar a casi la mitad de la humanidad. Incluso se supone que “hombre” incluye a varones y mujeres, pero “como los hablantes tienden a interpretar *hombre* en el sentido de *varón*, el proceso discriminatorio que de ello se deriva es continuo” (García Meseguer, 1988, p. 157).

Como consecuencia, “el lenguaje es varonil, hecho por varones para varones. La mujer aparece en el lenguaje como residuo, como grupo homogéneo aparte” (García Meseguer, 1988, p. 165). La estructura del castellano nos obliga, así, a ocultar a la mujer. Luego de un uso prolongado, nuestra mente se habitúa a considerar a la mujer como un caso aparte y particular, identificando “*a lo masculino con lo total, al varón con la persona*” (García Meseguer, 1988, p. 147), esto es, nos acostumbramos a pensar que “lo masculino es la norma o el paradigma y (...) lo femenino es ‘lo otro’” (Facio y Fries, 2005, p. 283).

En segundo lugar, el menosprecio de la mujer en la lengua se lleva a cabo mediante dos mecanismos. Por un lado, existen expresiones duales aparentes que, siendo iguales en forma, poseen significados opuestos según se apliquen a hombres o mujeres. La diferencia siempre va en contra

de las mujeres, ya sea insultándolas, menospreciándolas o desestimando su importancia; en cambio, la misma palabra aplicada al varón sugiere algo favorable. García Meseguer (1988) toma un ejemplo del diccionario de la Real Academia Española (RAE): “HOMBRE PÚBLICO: El que interviene públicamente en los negocios políticos. MUJER PÚBLICA: Ramera” (p. 114).² Por otro lado, se presentan asociaciones lingüísticas que enlazan la idea de mujer con ideas de debilidad, pasividad e infantilismo. El ejemplo, también tomado del diccionario de la RAE, es definir al conjunto de las mujeres como “sexo débil y bello” y al conjunto de los varones como “sexo fuerte y feo”.³ De este modo, “deducimos que la mujer es un ser débil, delicado, con afición al regalo y no apto para el trabajo. El varón es todo lo contrario” (Urrutia, 1976, p. 4).

En síntesis, la lengua tiene una perspectiva androcéntrica, que desencadena la invisibilización y desestimación de la mujer en el español. Esto es peligroso porque, si la lengua, que sistemáticamente oculta e insulta a la mujer, moldea nuestro pensamiento y visión del mundo, esto sólo puede significar dos cosas: o las mujeres no existen o su existencia no tiene el mismo valor que la del varón. Si la lengua refleja la situación de las mujeres y al mismo tiempo la reproduce, esto es más grave aún, porque no sólo se configura un presente en el que las mujeres no existen o no valen lo mismo que el varón, sino que también se consolida y proyecta un futuro en el que esta situación se mantiene (Facio y Fries, 2005).

3

Pérez Sedeño (2011a) sostiene que, en ciencia, las metáforas tienen una importancia fundamental y desempeñan diversas funciones: son instrumentos heurísticos, permiten elaborar nuevos modelos, describir y predecir nuevos fenómenos. Ahora bien, ¿cuál es la relación entre las metáforas científicas y la producción social de la ciencia? ¿Por qué algunas son aceptadas por la comunidad científica y otras no? ¿Intervienen en esta selección valores contextuales y no solamente cognitivos? Para responder

2 Estos ejemplos continúan presentes en el diccionario. Véase “Mujer” (Real Academia Española, s. f.) y “Hombre” (Real Academia Española, s. f.).

3 Ambos ejemplos siguen presentes en el diccionario. Véase “Sexo” (Real Academia Española, s. f.).

a estas preguntas, presenta algunos ejemplos de las ciencias biológicas, como el de la fisiología reproductiva.

En primer lugar, se considera que el objetivo del ciclo es producir óvulos para que sean fecundados y preparar un lugar para el desarrollo del embrión. Cuando esto no sucede, la menstruación es descripta como un fracaso y adquiere un carácter destructivo: es la muerte del tejido uterino.

En segundo lugar, la ovulación es descripta como un “despilfarro” o “desperdicio”. Lo cual es paradójico porque, mientras que una mujer, cuando nace, contiene en sus ovarios entre cuarenta mil y trescientos mil óvulos, de los cuales evacúa, a lo largo de su vida, quinientos como máximo, un hombre produce millones de espermatozoides, cada día, durante toda su vida. Quizá es cierto que no tiene sentido formar óvulos que no van a utilizarse, pero “no se hace semejante pregunta, ni valoración, con respecto a los millones de espermatozoides ‘producidos’ diariamente por los varones para que uno sólo pueda unirse al óvulo” (Pérez Sedeño, 2011a, p. 101). Además, nótese que la espermatogénesis se describe como la creación de millones de espermatozoides, frente a la liberación de óvulos.

De este modo,

La ovulación se convierte en algo doblemente negativo: los óvulos que no se ‘evacúan’ degeneran, convirtiéndose en un despilfarro; pero, además, ‘la formación de óvulos es un proceso de maduración más que de elaboración’ (...) frente a la *creación* de los espermatozoides. (Pérez Sedeño, 2011a, p. 100)

Esta metáfora del despilfarro glorifica la cantidad de espermatozoides producidos frente a la menor cantidad de óvulos. Pero podría construirse otra metáfora, para señalar la regularidad, eficacia o fiabilidad de la producción de óvulos, con mayor posibilidad de ser fecundados, frente a los millones de espermatozoides necesarios para fecundar un solo óvulo. Con esta nueva metáfora, son las grandes cantidades de espermatozoides las que pasan a ser consideradas un gasto innecesario.

En tercer lugar, el óvulo es descripto como algo grande, pero pasivo y frágil, que es liberado y transportado, no sale sólo del ovario, no se mueve ni viaja, “es decir, es arrastrado, se deja llevar, se deja guiar para no perderse, actitudes todas ellas muy femeninas” (Pérez Sedeño, 2011a, p. 101). En cambio, los espermatozoides se describen como pequeños, pero vivaces,

fuertes, activos, resistentes, veloces, ascienden por el útero y penetran el óvulo. Como puede verse, se subraya la importancia, el carácter activo y la función preeminente del espermatozoide.

Estas metáforas se combinan con la metáfora de la bella durmiente y la metáfora militar. Según la primera, el óvulo es una novia dormida esperando el beso mágico de su pareja. Según la segunda, los espermatozoides son guerreros con la misión de conquistar el óvulo, atravesando muchos peligros. Sólo pocos sobreviven y sólo uno gana la carrera. Además, esta misión debe ser efectuada con rapidez, porque el óvulo muere rápidamente si no es rescatado por el espermatozoide.⁴ “La metáfora guerrera, pues, se combina con el estereotipo femenino de pasividad y fragilidad” (Pérez Sedeño, 2011a, p. 102).

Como puede verse, en todas estas metáforas, las diferencias entre el óvulo y el espermatozoide se corresponden con los estereotipos de lo femenino y lo masculino, en donde lo femenino es asociado a la pasividad y la fragilidad, y lo masculino a la actividad y la fuerza. En efecto, “el óvulo se comporta de una manera ‘femenina’ mientras que el espermatozoide lo hace de una forma ‘masculina’” (Pérez Sedeño, 2011a, p. 102).

La autora señala que hubo nuevos descubrimientos biológicos, que le otorgan al óvulo un papel más activo, mostrando que el espermatozoide no lo penetra, sino que ambos interactúan entre sí, atrayéndose mutuamente. Sin embargo, estos descubrimientos no significaron grandes cambios para las metáforas de género, porque se siguen usando las viejas metáforas que sostienen el papel activo del espermatozoide frente al rol pasivo del óvulo, aunque de modos diferentes o más débiles. En este sentido, “son tan fuertes los estereotipos culturales al género, es decir, a los diferentes papeles que culturalmente se les asigna a mujeres y hombres, que esas metáforas son difíciles de disolver” (Pérez Sedeño, 2011a, p. 104).

En síntesis, las atribuciones de género y los estereotipos sexistas se corresponden con las ideas y concepciones del mundo científicas, porque les científiques las incluyen en el conocimiento científico que producen, contribuyendo a que sean asumidas como hechos científicos, con el peso de la autoridad que ello conlleva. En efecto, la efectividad de estas metáforas no sólo depende de su vinculación con las convenciones y el conocimiento

⁴ En realidad, es al revés: es el óvulo el que vive más cantidad de horas que el espermatozoide, que no es demasiado longevo. Sólo aquellos que logran atravesar el cuello uterino sobreviven más tiempo.

social compartido, sino también de la autoridad otorgada a quienes las usan. “Así, las metáforas que usan los biólogos para describir sus datos tienen importantes consecuencias no sólo cognitivas, sino sociales” (Pérez Sedeño, 2011a, p. 105), porque estas metáforas contribuyen a mantener la configuración genéricamente sesgada de nuestras sociedades. En palabras de Pérez Sedeño (2011a), “cierto tipo de metáforas (...) pueden cambiar el régimen de verdad relegando a ciertos grupos a un estatuto de inferioridad” (p. 106).

4

Existe la pretensión de que la ciencia (y las personas de ciencia) es pura y neutra valorativamente, porque, en ella, no tienen lugar las consideraciones éticas, políticas y sociales; esto es, la ciencia debe centrarse en valores epistémicos, dejando a un lado los valores contextuales.⁵ Bajo esta pretensión, lo único que se logra es dar rienda suelta a las consideraciones éticas, políticas y sociales que colonizan a las demás, las hegemónicas, las que tienen más poder.

Frente a las posiciones de dominación (no mediadas, trascendentes, desencarnadas) y las miradas conquistadoras desde ninguna parte (o, mejor, desde las posiciones no marcadas de Hombre y de Blanco), se presenta la noción de conocimiento situado, cuya aparición y aceptación en gran parte depende de las condiciones de le científique, así como del contexto social y profesional en el que se inserta. En este sentido, “la *localización social* del agente cognoscente afecta a qué y cómo se conoce” (Pérez Sedeño, 2011b, p. 425). En efecto, el conocimiento refleja las perspectivas de los sujetos epistémicos, que desarrollan su actividad de conocimiento estando situados en un tiempo y en un lugar, en relaciones con aquello que se conoce y con otros sujetos cognoscentes. Esta situacionalidad del sujeto epistémico introduce el concepto de sujeto cognoscente situado, que contradice la concepción del sujeto individual, entendido, de manera abstracta, como un individuo genérico, intercambiable, autosuficiente y poseedor de facultades o capacidades que poseen todos los conocedores.

5 Como vimos con las metáforas de género, esto, de hecho, no sucede, ya que “los valores contextuales también pueden afectar la descripción de los datos, esto es, se pueden utilizar términos cargados de valores a la hora de describir observaciones y experimentos” (Pérez Sedeño, 2011b, p. 423).

Ambas nociones, que refieren a la particularidad y la encarnación de toda visión, permiten construir una doctrina de la objetividad utilizable que, sin ser inocente, asuma que la única visión objetiva posible es la de la perspectiva parcial. Esto es lo que Haraway (1995) llama objetividad feminista: “la objetividad feminista significa, sencillamente, *conocimientos situados*” (p. 324).

Contra la visión desde ninguna parte, la objetividad feminista implica la visión desde un cuerpo (complejo y contradictorio), el posicionamiento crítico, la localización limitada y el conocimiento situado, encarnado. Por un lado, el sujeto que conoce es parcial, está siempre construido y ocupa un lugar. Por lo tanto, puede ver junto al otro, pero no pretende ser el otro. “Ésta es la promesa de la objetividad: un conocedor científico busca la posición del sujeto no de la identidad, sino de la objetividad, es decir, de la conexión parcial” (Haraway, 1995, p. 332), asumiendo que ninguna posición es inocente. Por otro lado, los conocimientos son parciales, localizables, críticos y admiten la posibilidad de estas conexiones.

En este sentido, se trata de políticas y epistemologías de la situación, donde la parcialidad (no la universalidad) constituye la condición para que sea considerada la pretensión de lograr conocimientos racionales posicionados. “La finalidad de una epistemología y una política de los posicionamientos responsables y comprometidos (...) es que haya mejores versiones del mundo, es decir, la ‘ciencia’” (Haraway, 1995, p. 338). De este modo, debemos buscar la perspectiva desde puntos de vista que prometan construir conocimientos que permitan, a su vez, construir mundos que estén menos organizados en torno a ejes de dominación.

Conclusión

En general, la lengua que hablamos invisibiliza y estigmatiza a la mujer: lo primero mediante el masculino en sentido genérico, lo segundo mediante la aparente dualidad de ciertas expresiones y mediante asociaciones lingüísticas. Teniendo en cuenta la tesis del relativismo lingüístico, según la cual la lengua moldea el pensamiento de sus usuaries, la invisibilización y estigmatización en la lengua, contribuye a cristalizar, en el pensamiento de les hablantes, concepciones del mundo que invisibilizan y estigmatizan a la mujer.

En particular, el lenguaje científico contribuye a esta invisibilización y estigmatización. La invisibilización se lleva a cabo mediante la exclusión de hecho de las mujeres de las instituciones científicas, pero también mediante la construcción de un lenguaje científico con una perspectiva androcéntrica. Este lenguaje científico androcéntrico permite, además, la estigmatización, al establecer metáforas de género que contribuyen a reforzar estereotipos sexistas, uniendo a la mujer con ideas de pasividad y fragilidad y al varón con lo activo y la fortaleza. En este sentido, “la ciencia, además de haber excluido a las mujeres de la institución, se ha usado para justificar la subordinación de ellas a lo largo de la historia” (Pérez Sedeño, 2011b, p. 418). Siguiendo la tesis del relativismo lingüístico, el hecho de que el lenguaje científico invisibilice y estigmatice a la mujer, contribuye a reforzar pensamientos sexistas, no sólo en les científiques, sino en toda la sociedad, que confiere autoridad a la palabra de aquellos.

Frente a la ciencia “pura y neutra”, frente a estas visiones que se pretenden desde ningún lugar (aunque siempre terminen siendo visiones desde arriba), es necesario construir una visión más amplia, sabiendo que “la única manera de encontrar una visión más amplia es estar en algún sitio en particular” (Haraway, 1995, p. 339). Sólo desde parcialidades, visiones desde algún lugar y posicionamientos asumidos, es posible descentrar el androcentrismo y construir una ciencia libre de todo sojuzgamiento y subordinación a otros sectores y/o sujetos de poder.

Referencias

- Facio, A. y Fries, L. (2005). Feminismo, género y patriarcado. *Academia. Revista sobre enseñanza del Derecho de Buenos Aires*, 3(6), 259-294. <https://revistas-colaboracion.juridicas.unam.mx/index.php/revista-ensenanza-derecho/article/viewFile/33861/30820>
- García Meseguer, A. (1988). *Lenguaje y discriminación sexual*. Montesinos.
- Gomila, A. (2012). *Verbal Minds: Language and the Architecture of Cognition*. Elsevier.
- Haraway, D. J. (1995). Conocimientos situados: la cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. J.



Haraway, *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza* (pp. 313-346). Ediciones Cátedra.

Lakoff, G. (1987). *Women, Fire, and Dangerous Things: What Categories Reveal about the Mind*. The University of Chicago Press.

Pérez Sedeño, E. (2011a). El sexo de las metáforas. *ARBOR. Ciencia, Pensamiento y Cultura*, 747, 99-108. <https://doi.org/10.3989/arbor.2011.747n1011>

Pérez Sedeño, E. (2011b). Otro género de razón. En A. R. Pérez Ransanz y A. Velasco Gómez (Coords.), *Racionalidad en ciencia y tecnología: nuevas perspectivas iberoamericanas* (pp. 415-430). UNAM.

Real Academia Española. (s. f.). Hombre. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/hombre>

Real Academia Española. (s. f.). Mujer. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/mujer>

Real Academia Española. (s. f.). Sexo. *Diccionario de la lengua española*. <https://dle.rae.es/sexo>

Urrutia, E. (1976). Lenguaje y discriminación. *Revista FEM*, 2(6), S/N.

Whorf, B. (1978). *Language, Thought and Reality: Selected Writings of Benjamin Lee Whorf*. The MIT Press.

Wolff, P. y Holmes, K. (2011). Linguistic relativity. *WIREs Cognitive Science*, 2(3), 253- 265. <https://doi.org/10.1002/wcs.104>

